

PILAR RODRÍGUEZ ÁLVAREZ (1957-2015)

A la querida memoria de Pilar Rodríguez Álvarez

El mes de febrero del año 2015 vino la muerte a llamar a nuestras puertas, llevándose en unos días a dos de nuestros compañeros por más de treinta años, Pilar Rodríguez Álvarez y Gerardo Pereira Menaut, que vivieron y trabajaron, primero juntos y luego independientemente, marchándose de nuevo a la vez. Dice el autor de *Qóhelet* (9, 52) «porque los vivos saben que han de morir, pero los muertos no saben nada, y no hay ya paga para ellos, pues se perdió su memoria». Quizás por esta razón nuestros antepasados griegos y romanos, uno de los cuales fue el autor griego de este tratado atribuido al sabio Salomón, pensaron que era labor de los que aun viven conservar el recuerdo, la memoria viva de los que se han ido. Los miembros de un departamento de Historia Antigua pasamos la vida hablando y evocando a personas ya fallecidas y eso no parece suscitar nos ninguna inquietud, porque nunca las conocimos personalmente ni pudimos mirarles a los ojos. Cosa muy distinta es evocar a una persona con la que hemos convivido personal e institucionalmente durante un lapso de tiempo de treinta y cinco años, en el que no solo nuestras vidas, sino también la universidad española, parece haber cerrado un círculo y puesto fin a muchas de sus ilusiones.

Cuando fallece una profesora se suelen glosar sus trabajos, a veces de modo exhaustivo, como si se estuviese redactando una bibliografía sin más. No iba ello en el carácter de Pilar, que siempre era consciente de nuestra fragilidad como personas y contemplaba nuestras vanidades académicas con cierta distancia. Por eso, además de comentar sus trabajos creo que sería también acertado esbozar el marco en el que se desarrolló su vida y la nuestra.

Nació Pilar en Fernando Poo, en la antigua colonia española de Guinea, a donde sus padres, siguiendo un destino secular del pueblo gallego, habían emigrado para buscar la vida. Y de ella retornaron para montar un pequeño negocio que les permitiese vivir y dar estudios a su hija, haciendo lo mismo que en Galicia y España hicieron miles y miles de emigrantes. Comenzó sus estudios universitarios en el por aquel entonces Colegio Universitario de Ourense, integrado en la Universidad de Santiago, en la que cursó el segundo ciclo de licenciatura dedicado a la historia, dentro de la especialidad de historia antigua.

Inició su carrera académica en el año 1980, cuando la universidad aún no había sido reformada, a pesar de haber transcurrido ya cinco años de la muerte de nuestro dictador, y toda su vida académica coincide con la apertura de un ciclo y el nacimiento de una ilusión que se cerraría en el propio tiempo y estaría por fenecer en el momento presente, en el que ella supo mantener una actitud amable al desarrollar su actividad, no solo como docente, sino también como administradora académica en los cargos que fue desempeñando con una eficacia compatible con la ironía necesaria para poder sobrevivir en un mundo de burócratas obsesivos, casi fanáticos, con el que su carácter nunca le permitió identificarse en cuerpo y alma.

Vivió la universidad española la pequeña convulsión del famoso 68, uno de cuyos protagonistas en Santiago fue el estudiante Gerardo Pereira, y tras ese año y con el fin de la dictadura corrieron por nuestras universidades aires de cambio y anhelos de renovación. En España y en la historia



antigua en concreto en esos años no salía el Sol por el oriente, sino por el norte o el oeste, ya que era el mundo de la universidad y la ciencia alemanas o anglosajonas el modelo que todos aspirábamos a imitar. Con las reformas iniciadas en el año 1982, que ya vivió Pilar, pareció abrirse un tiempo en el que todo lo que era académicamente sólido iba a disolverse en el aire, como ocurre en todas las revoluciones, hasta que se estabilizan materializándose en instituciones o mueren en el fracaso. Creo que sería adecuado para entender el tiempo en el que vivió Pilar citar una canción popular que nació en la Comuna de París en el año 1871, esa Comuna en la que Marx había puesto sus esperanzas y que vio como ejemplo, porque Marx fue uno de los manes que guió en esos tiempos a una buena parte de los historiadores españoles de la antigüedad.

Comienza esta canción, aparentemente mucho más romántica que revolucionaria, diciendo:

«Cuando cantemos el tiempo de las cerezas,
 Cuando están de fiesta el alegre ruiseñor y el mirlo burlón,
 Cuando las chicas tienen la cabeza a pájaros
 Y el sol brilla en el corazón de los enamorados,
 Cuando cantemos el tiempo de las cerezas
 Silbará más fuerte el mirlo burlón.»

Ese tiempo de las cerezas supuso en la universidad y en el proceso de institucionalización de nuestra historia antigua muchas cosas. En primer lugar la creación de centros y departamentos y la dotación de unas plantillas que permitieron que una especialidad inexistente, pues hasta los años setenta no era más que un apéndice, o una doncella cenicienta, de los campos de la arqueología o la historia medieval, se convirtiera en una comunidad académica estructurada. En segundo lugar se logró la dotación de medios de todo tipo, sobre todo bibliográficos, que hicieron posible que el

estudio de la historia antigua en España se equiparase al de esa materia en el resto de Europa y el mundo occidental. Pero todo ello no hubiese servido de nada si no se hubiesen integrado en la universidad profesores formados en Alemania, Francia o en otros países que a través de su docencia y su investigación contribuyeron a la creación de un nuevo tipo de conocimiento y a la formación de nuevos profesionales en los que poder depositar su legado intelectual. Y por último, fruto de todo ello fue la aparición por fin de modo independiente de libros de historia antigua equiparables a los de los mejores países y de revistas de la especialidad, concebidas en forma monográfica o interdisciplinar, como es el caso de esta misma revista.

Los historiadores formamos parte del propio mundo histórico y nuestra ciencia, además de intentar ser objetiva, es inevitablemente un reflejo de él. En ella se pueden observar en claroscuro las inquietudes de cada momento en el terreno de la política y las instituciones, la organización del territorio y el espacio, los problemas del género y el sexo o las religiones, las ideologías y las formas de pensar el mundo. Todo ello quedó plasmado en esos treinta y cinco años de la vida académica que vivió Pilar. Todo ello y también la frustración que supuso en la política saber que el Cielo no puede bajar a la Tierra, que solo podemos vivir en el Paraíso cuando soñamos, y que al final la dura materialidad de la vida y el paso del tiempo es capaz de devorarnos a todos sus hijos, tal y como hizo el dios Saturno.

Y es que tras muchos años de mejoras en los medios materiales, en la formación de los historiadores, plasmados en la calidad de sus trabajos y en la creación de comunidades de investigadores, llegó no solo la escasez que trajo consigo la crisis y el agotamiento aparente de todo un sistema político y social, devorado por la economía globalizada y el pensamiento único, sino la aparición de una especie de Edad del Plomo, en la que todo parece gris y anodino, y en la que Pilar supo durante años toearnos a nosotros y al sistema con una sonrisa y con la habilidad necesaria para hacer que las cosas funcionen, aun dentro de un marco erróneo, de la mejor manera posible. Lo que fue un favor impagable.

Su actividad investigadora comenzó en 1980 con la lectura de su tesis de licenciatura sobre la mitología de los centauros y la figura del centauro Quirón, publicada en lo esencial en su trabajo «La concepción del iniciador en la mitología griega: un análisis del mito de Quirón», *Boletín Au-riense*, 10, 1980, 33-53.

La figura de los centauros no había sido estudiada de un modo sistemático desde la famosa obra de G. Dumézil, publicada en el año 1927, *Le problème des centaures*, en la que había abordado el tema desde el punto de vista del comparatismo indoeuropeo. En el estudio de Quirón realizado por ella se cambia el planteamiento, puesto que se lleva a cabo de un modo exclusivamente griego y se relaciona con el problema historiográfico de las iniciaciones y las cofradías de guerreros —ten-gamos en cuenta el papel clave de Quirón como formador de héroes en la épica—, lo que constituyó una perspectiva novedosa.

Esa misma línea de trabajo, la del mundo de las religiones, la continuó desarrollando en otro trabajo, «Sincretismo de la religión indígena y la religión romana visto a través de las estelas antropomorfas», *Brigantium*, 2, 1981, 73-82. Pero quedará aparcada por su traslado desde el mundo silvestre de los bosques en los que vivía el centauro más sabio de todos los centauros al mundo urbano, al mundo de las instituciones y la organización política y territorial romana e hispánica, al que dedicó lo esencial de su labor bajo la dirección de Gerardo Pereira Menaut y siempre muy relacionada con el grupo y la comunidad científica estructurada en torno a la Universidad del País Vasco y a la revista *Veleia*.

Su obra fundamental, como no podía ser menos en una profesora universitaria, es su tesis: *Gens. Una forma de agrupación antigua mal conocida*, Vitoria, 1996. En ella llevó a cabo un estudio insti-

tucional y lexicográfico de la *gens* latina con el fin de poder comprender en los textos, no solo literarios, sino también epigráficos, el uso de ese término, o de otros similares como *gentilitas*.

Esta perspectiva amplia le permitió integrar la investigación epigráfica, en la que trabajó por ejemplo en la coedición del *Corpus de Inscripciones romanas de Galicia. I. Provincia de A Coruña*, junto con otros miembros del equipo de Gerardo Pereira, una investigación que a veces nos puede llevar a caer en la tentación de la pura erudición, y casi del coleccionismo, en el marco de unos modelos teóricos de carácter jurídico y territorial, tentación que sin embargo superó, tal y como se puede ver en sus trabajos sobre el significado de *civitas* en Cicerón (*Veleia*, 7, 1990, 233-241), o sobre las *gentes* de Hispania (*Actas del V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica (Colonia, septiembre de 1989)*, Salamanca, 1993, 445-460).

Fue desarrollando estos trabajos no solo en sus publicaciones personales, sino en el marco de proyectos colectivos, como el dirigido por Juan Santos y Cruz González *Las Estructuras sociales indígenas del Norte de la Península Ibérica* (véase su contribución en pp. 67-72), o el dirigido por Martín Almagro Gorbea sobre la *Paleoetnología de la Península Ibérica* (véase su contribución en pp. 395-398), o por ella misma y Manuel Villanueva Acuña y Dolores Dopico Caínzos: *Do castro á cidade. A romaización na Gallaecia e na Hispania indoeuropea*. Y también en su participación en diferentes congresos, como el II Congreso Internacional de Historia Antigua, *La Hispania de los Antoninos*, Valladolid, 2005, (véase su contribución en pp. 85-92) o *El Mundo religioso Hispano bajo el Imperio Romano*, Valladolid, 2006, en el cual volvió a retomar su interés por el mundo religioso de la Antigüedad con su estudio sobre el tema de «Los cultos orientales en la epigrafía gallega».

Y, como es lógico en cualquier historiadora que tenga una abierta curiosidad sobre su oficio y sobre sí misma, también llevó a cabo una aproximación al campo de la historiografía de la historia antigua peninsular en su estudio «El Noroeste en el siglo II, Ensayo de historiografía» (*II Congreso Internacional de Historia Antigua*, Valladolid, 2005).

Una profesora universitaria es ante todo una docente, pues la transmisión del conocimiento y la formación de los alumnos para las futuras docencia e investigación es lo que da sentido a la existencia de la propia Universidad. Desgraciadamente la obsesión por el currículum cuantitativo, concebido como una suma de puntos, y los pocos incentivos con los que se premia el trabajo docente han llevado a que la verdadera función del profesor quede cada vez más relegada y sea sumergida en una marabunta de formularios burocráticos. Si tuviésemos que destacar algo muy especial en la figura de Pilar, sería su capacidad de transmitir el conocimiento y el entusiasmo a sus alumnos, por los que siempre se preocupó, como profesora y administradora. Sus alumnos siempre reconocieron su labor, su cercanía y su capacidad de comprensión. De ello no quedará constancia escrita más que en las estadísticas, pero el buen recuerdo de su actividad como profesora se mantendrá, como hemos podido comprobar, en la memoria y el cariño de sus alumnos.

Cuando se escribe la glosa de la obra de una escritora académica, en este caso de una historiadora, se suele caer en la tentación de escribir en el modo épico. Sus trabajos son como sus glorias que quedarán en el recuerdo y cada uno de ellos es algo así como el desciframiento de un enigma, o un «entuerto desfecho» por el ingenioso hidalgo que tanto cabalgó en las páginas de Cervantes. En gran parte es cierto, porque las personas pasamos y las obras quedan, *uerba volant scripta manent*, pero en parte no lo es. Y no lo es porque nunca podremos recuperar a las personas desaparecidas en el momento en el que la naturaleza tiene programada la muerte, y mucho menos en un momento prematuro. El hueco que dejan nunca podremos llenarlo, solo conservarlas en el recuerdo. Por eso acabaremos de nuevo volviendo al canto de nuestros admirados comuneros parisinos de 1871, cuando tras su derrota cifraron su esperanza en el recuerdo, en sus versos finales:

«Nunca olvidaré el tiempo de las cerezas
Pues es desde entonces que llevo
Una herida abierta en mi corazón.
Y por mucho que me sonriese la Diosa Fortuna
Jamás lograría calmar mi dolor,
Pues siempre me acordaré del tiempo de las cerezas
Y llevaré su recuerdo en mi corazón».

JOSÉ CARLOS BERMEJO BARRERA
Universidad de Santiago de Compostela
josecarlos.bermejo@usc.es